

Aparte estas y otras flaquezas, que á la mujer se achacan, y que no son suyas, sino de la humana naturaleza, atribuyensele otras que no son ni de la humana ni de la femenina esencia, sino accidentes derivados de su esclavitud doméstica y social. Así, por ejemplo, se cree á pies juntillas que es propensión natural de la mujer dedicar á lo futil la atención preferente, haciendo de ello el exclusivo argumento de su vida. ¿Y cómo no, mientras la tiranía tradicional reduzca toda la misión cívica y privada de la mujer á satisfacer, como hembra, los apetitos del varón, en lugar de reducir, como éste, su vida sexual á un mero episodio de la vida racional, personal, humana? ¡Ah! Desde que el mundo es mundo la mujer aparece como hembra por esencia, y sólo persona por condescendencia de la ley y las costumbres; mientras que el varón es hombre por la ley que él mismo ha formulado y escrito, concretándose á establecer con la mujer una relación de solaz y esparcimiento sexuales. Esto inclina á la niña por imitación, á la joven por necesidad social y á la matrona por resignado entretenimiento, á tener por principio y fin de la vida toda el triunfo sexual, y por medio y procedimiento la coquetería, con su cortejo de intrigas, vanidad y despilfarro.

Y si en esta empresa se muestra la mujer envidiosa de las demás; y si su lengua es como ariete del mérito y el honor ajenos, no es porque sea tal su carácter en cuanto es mujer; pues repárese en que asimismo son intrigantes, maldicientes y envidiosos, por punto general, los varones que ejercen una profesión atendida á los aplausos del público, y ocasionada, por tanto, á la coquetería y la petulancia. Pintores, músicos, oradores, médicos, poetas, ¿son acaso mujeres? ¿Ha sido, por ventura, la conducta del bello sexo la que ha inspirado la sentencia *Invidia medicorum pessima*, ó el dicho *Genus irritabile vatum*, ó el refrán *El peor enemigo el de tu oficio*?

Tal es el fundamento, ó, mejor dicho, el inseguro arenal en que descansa, aun en los trabajos más serios y recientes, la idea que de la mujer tienen, así sus detractores como sus ultra-románticos apolo-gistas.

III

Ahora bien: ¿cabe en el siglo XIX, en este nuestro siglo esencialmente crítico, cuyo espíritu liberal y progresivo busca apoyo, no ya en vagas teorías ó en conspiraciones y asonadas, sino en la investigación serena de la naturaleza de las cosas, mantener como verdadero el errado concepto que de la mujer la tradición nos ha legado?

Ciertamente, no. La mujer es algo más que lo que el mundo cree: la mujer puede ser, en la esfera social y política, y lo será un día, algo más que un ente subordinado al varón.

En la esfera de la naturaleza, la mujer no es, por concepto alguno, inferior á su compañero. Varón y mujer son dos variedades dentro de su especie, y si por el concepto de variedad no aparecen iguales, en cambio, por el concepto de identidad de especie, resultan equivalentes.

¿Cuáles son los términos de esta equivalencia?

Investiguemos.

Existen en toda lengua perfecta, antigua ó moderna, tres distintos vocablos para designar el ser humano: estos tres vocablos son los sinónimos de los españoles *Hombre, varón y mujer*.—*Hombre* designa, en rigor, al individuo según su especie, sin distinción de sexo, así como sus derivados, humanos, humanamente, humanidad, inhumano, etc., lo relativo al mismo específicamente; mientras que *varón y mujer* significan, concretamente, el primero *hombre masculino*, y el segundo *hombre femenino*. Los vocablos griegos, *Anthropos, anér, gyné*; los latinos, *Homo, vir, mulier*; los alemanes, *Mensch, Mann, Frau*, son perfectos sinónimos de los castellanos *Hombre, varón, mujer*. Los ingleses, tan prácticos, sólo usan los sustantivos *man* (varón) y *woman* (mujer); pero, aunque faltos del sustantivo *hombre*, poseen y usan rigurosamente sus derivados para el sentido colectivo ó específico, y así califican de *human* á todo lo común á entrambos sexos, v. gr.: *the human life* (la humana vida), *the human body* (el humano cuerpo); *the humanity* (la humanidad).

Las lenguas francesa é italiana son imperfectas en este particular, pues no poseen vocablo sinónimo de *varón*. Sin embargo, ellos, que por efecto de pobreza (al par que nosotros, á pesar de nuestra riqueza), usan la palabra *hombre*, ya como sinónimo de *varón*, ya como vocablo específico, aplican estrictamente á este último sentido todos los derivados (italiano, *corpo umano*; francés, *corps humain*; italiano, *umanità*; francés, *humanité*).

Que los idiomas francés é italiano son deficientes en este particular, lo demuestra el hecho de que, hasta en lenguas tan distantes de la nuestra como la china, la japonesa, la corea, etc., existen los tres vocablos radicales sinónimos de *hombre, varón y mujer*; siendo respectivamente en chino *jin, nan y nü*; en japonés, *chicham, otsukai y menoko*; y en coréo, *saram, sanahai y kyei-tsip*.

Finalmente, y para cerrar esta breve disquisición lingüística, diré que, ora se tome á Moisés como predilecto amanuense del mismísimo

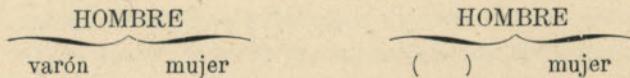
Dios, ora se le considere, por su intrínseca importancia histórica, como una inteligencia de primer orden, ahí quedan en el *Génesis* sus palabras terminantes:

«Y creó Dios al hombre á imagen suya: á imagen de Dios creóle: *varón y mujer los creó. (Et creavit Deus hominem ad imaginem suam: ad imaginem Dei creavit illum: masculum et feminam creavit eos.—Vulg., c. I, vers. 27. Ed. Riera. Barcelona, 1862.)*

IV

Con los apuntados datos bastará para que se comprenda hasta qué punto el lenguaje paga á la naturaleza su tributo, distinguiendo, ya explícita, ya implícitamente, en la especie *hombre* dos variedades sexuales categóricamente equivalentes: *varón y mujer*.

Ahora, si ponemos en parangón dos claves, correspondientes, una á la expresión del lenguaje y otra al resultado de las costumbres, en esta forma:



tendremos en la primera la expresión de la igualdad de derechos de entrambos sexos nacida de la equivalencia natural de éstos, y en la segunda la expresión de la servidumbre histórica en que todavía encontramos aquella criatura formada para ser, á un tiempo, amiga, esposa y complemento del varón. Más breve: la clave de la derecha es la expresión de una iniquidad histórica; el despotismo del hombre sobre la mujer: la clave de la izquierda es el programa del porvenir: la equivalencia de entrambos sexos.

V

Si del testimonio del lenguaje—testimonio fidedigno á fuer de espontáneo—pasamos al examen de la naturaleza física, hallaremos en ésta la misma equivalencia respecto de las energías; si el varón posee gran fuerza muscular, posee la mujer gran resistencia sensitiva. Sin fijarnos más que en el frío y el dolor, vemos á la mujer mucho más potente que el varón en el orden sensitivo. Ella desafía toda inelencia atmosférica con una tercera ó cuarta ó quinta parte del abrigo que el varón necesita; ella soporta impunemente, aun en sus funcio-

nes normales, los dolores más acerbos, y los olvida luego, y luego vuelve á desafiarlos y torna después á resistirlos (1).

No olviden, pues, los caballeros que, metidos en una múltiple funda de elástica interior, ídem de Bayona, camisa, chaleco, frac, gabán y ruso por añadidura, acompañan á una señora á un baile de sociedad, sin más defensa que las carnes mal veladas por tules, batistas, rasos y un capuchón punto menos que metafísico; no olviden, digo, que llevan del brazo á un Hércules, cuya gran fuerza consiste, no en acometer, sino en resistir, y que lo uno como lo otro es todo potencia positiva y efectiva. Y es que en medio de las múltiples diferencias sexuales (mucho más numerosas de lo que ordinariamente se cree, puesto que en la mujer, como en el hombre, no hay hueso, ni músculo, ni tendón, ni vaso, ni nervio, ni entraña, en fin, que no presente, en medio de su carácter específico, lo que llamaré su estilo sexual), el capital de energía específica del varón y de la mujer son iguales en cantidad, y sólo difieren en la forma de sus respectivas manifestaciones. Pudiera decirse que el varón es de hierro y la mujer de acero, y que lo que aquél puede como arma arrojadiza, puédelo ésta como fuerza de resorte. Así la mujer, en medio de su servidumbre histórica, siempre ha sido la que ha lanzado á su tirano á los mayores extremos, tanto en lo criminal como en lo heroico.

Terrible parece, en contra del sexo femenino, el hecho anatómico-experimental de que los sesos de la mujer pesan menos que los de su compañero. Aquí me será lícito que salga á un tiempo por los fueros de la mujer y de la ciencia. Cosas como el cerebro no se pesan solamente con balanzas de mercader, sino con otras más complicadas y precisas: con las balanzas del buen discernimiento. Siendo el total cuerpo de la mujer (sano, sin obesidades anormales), de menos talla y peso que el del varón, es forzoso que el encéfalo de ella sea proporcionalmente menor que el de él, á fin de que la importancia orgánica y psicológica de ese centro nervioso sea equivalente en ambos sexos; de lo contrario, si la mujer, siendo de menor talla, tuviese igual cantidad de encéfalo que el varón, sería, *ipso facto*, superior á

(1) En el reino animal son numerosas las especies en que la hembra se nos presenta menos provista de pelo ó de plumaje que el macho; no es raro ver á éste menos grande y fornido que aquélla (por ejemplo, la luciérnaga hembra, de doble cuerpo que el macho, ofreciendo más fuerza muscular y emitiendo una luz mucho más viva); la yegua, algo más corpulenta que el caballo, tiene mayor fuerza; y en los frecuentes casos (por ejemplo, el perro), en que el tamaño y el abrigo natural son iguales en ambos sexos, también resulta igual su fuerza muscular.

éste. Después de todo, esta diferencia es de 50 á 100 gramos en un peso total promedio de 1.300. En cambio, hay que advertir que, en el orden relativo, el cerebro del varón pesa un poco más que su *cerebelo*, mientras que en la mujer pesa el *cerebelo* un poco más que el cerebro, ofreciendo en ambos sexos las sinuosidades (que constituyen la medida real de superficie activa), enteramente iguales en desenvolvimiento. De todo lo cual se deduce en rigor (y sin necesidad de entrar en mayores honduras, donde todas las ventajas quedarían también de mi parte), que el valor absoluto psico-físico (no el peso del carnicero) del encéfalo es igual en varones y mujeres, y que la diferencia de quilates relativos entre el cerebro y el *cerebelo*, explican la diversidad de manifestaciones en medio de la equivalencia de energías de ambos sexos. Tal es el resultado con que la balanza de la razón destruye todas las aseveraciones que pudieran fundarse en la sola consideración del peso por kilos del órgano inmediato de la inteligencia.

VI

Esta equivalencia de energía, en medio de la diversidad sexual, resalta asimismo en todas las manifestaciones morales. En todas ellas, la mujer es *humana* en el fondo; en todas, femenina en la forma; en todas ellas la mujer, como el varón, es por esencia *un hombre*, y por accidente una modificación sexual.

La percepción en el varón es tarda, analítica, teórica; en las mujeres rápida, sintética, práctica. El tiempo que un amante celoso emplea para cerciorarse de si su rival está en la butaca que la pasada noche ocupaba, y viendo que no está, formar en su mente la teoría de aquella ausencia, ha bastado á la vigilada mujer para practicar su examen de inspección á todo el teatro, descubrir que el rival se halla encaramado en el paraíso, aperebirse de que el suspicaz tirano ha inquirido en balde, y echar de ver, además, que una su cuñada, muy fisgona, no se encuentra en su palco. Total: el varón, analizando, ha tomado por verdad la teoría de una mentira; la mujer, sintetizando, ha encontrado la verdad y la mentira, y ha sacado partido de entre ambas cosas. Aplíquese esta diferencia al régimen doméstico, como á la vida científica, social y política, y se verá que las dos formas de actividad perceptiva son necesarias para la investigación de la verdad, y cuánto puede esperar el porvenir de la mujer en la buena dirección del progreso.

En materia de entendimiento, la igualdad de potencia y la diver-

sidad de forma son notables. El fuerte del varón es la crítica metódica de todo objeto material ó ideal que se le ofrezca; así andan—y sea dicho de paso—la filosofía aún por los cielos; las prácticas del mundo, aún por los suelos; y entre estas dos cosas, el progreso material, tan apropiado por sí solo para el goce, como impotente para la felicidad. Este es el resultado del varón solo; este el castigo de su despotismo histórico sobre su compañera. Le ha faltado al progreso el buen consejo de la mujer.

El entendimiento de la mujer es pronto, claro, sintético, no nada crítico. Todo consejo de mujer es instantáneo, intuitivo.—«¿Qué quieres que te diga? Este que crees amigo, es un bribón; este negocio es ruinoso; este enfermo se morirá»;—y al fin de la jornada, bribón resulta el amigo, ruina el negocio, enterrado el enfermo. Por esto, en las relaciones amorosas, es regla que la mujer conteste, á las prolijidades del amante, con párrafos breves, substanciales, perentorios; de suerte que si la mujer escribe corto, no es por pereza material de escribir largo, sino porque, una vez consignado lo necesario, le da pereza extenderse en lo superfluo.

Y esto no obsta para que la mujer luzca, cuando conviene, una nimiedad analítica, una claridad expositiva y una fuerza dialéctica iguales, y aun, para ciertas cosas, superiores á las que en el varón resplandecen. Véase si no á la mujer (madre, hija, vecina, joven, vieja, culta, inculta, poco importa) á la cabecera de la cama de un enfermo, y se conocerá que en aquel puesto no tiene rival; tanto que, conforme el gran Sydenham exclamaba: «Sin el opio, no quisiera ser médico», bien pudiéramos exclamar todos los médicos prácticos: «Si suprimis á la enfermera, renunciamos á la profesión»; tal auxilio nos prestan sus noticias, siempre atildadas; sus observaciones, siempre pertinentes; sus relatos, siempre claros, ordenados y sobrios. Y por lo que dice á las facultades dialécticas, no hay más que fijarse en la *conductura* que siempre acierta á dar la mujer á sus razonamientos para traer, por así decirlo, el agua de la discusión al molino de su conveniencia, cuando no al de la verdad más desinteresadamente defendida.

Por lo que dice á la memoria, tiene esta facultad en la mujer, además de una gran espontaneidad, una acentuada energía *representativa* y *asociativa*; por esto es tan aficionada á conservar prendas ó recuerdos de las personas amadas. Un canoso rizo de la difunta madre, un dientecito del malogrado niño, una momificada rosa, prenda fallecida de olvidadizo amante, reconstituyen en un centellear, dentro de la mente femenina, cuerpos, almas, palabras, sacrificios, tiem-

pos y lugares; y de los ojos de la sentida mujer brotan en toda ocasión lágrimas, ante aquel cuadro completo de asociaciones y representaciones vivas de un pasado quizá por todo extremo lejano. Por fuerza hubo de ser la mujer inventora de las prendas conmemorativas, como acicate de la memoria, para, con su auxilio, granjearse aquel *placer del dolor*, que el Dante, con ser quien fué, no acertó á explicar bastantemente, cuando exclamaba:

*Nessun maggior dolore
Che ricordarsi del tempo felice
Nella miseria,*

toda vez que la gran maestra en materia de sentir, se complace tanto y tanto en evocar las perdidas venturas, no para sólo padecer, sino para deleitarse, resucitándolas, á favor de su poderosa memoria, en el regazo de su alma lacerada.

En punto á imaginación es asimismo la mujer una temible competidora nuestra, tanto que, á pesar de la falta de instrucción superior, y de la consiguiente carencia de esa rica variedad de primeras materias de composición, que nuestro sexo va almacenando por el estudio científico y artístico de la naturaleza, ocurre con frecuencia que la mujer aventaja al varón en las luchas del ingenio. Así, no digo para un señorito de sesos escurridos en la crápula antes de llegar á maduración, sino para cualquier hombre de ingenio y mundo es, en cierto modo, una empresa dirigir requiebros á una mujer; mientras que para ésta, la feliz prontitud con que suele contestarle (siempre que las conveniencias sociales se lo consienten), resulta la cosa más llana y espontánea. Es decir que, en las batallas de ingenio, el varón, para acometer, necesita concentrar sus fuerzas; mientras que la mujer, sin preocupación ni demora, le da el quite oportuno, cuando no se tira á fondo, dejándole maltrecho y, además, corrido. Agréguese á esta prueba de *imaginación lógica*, la de *imaginación ejecutiva* que en cualquier paso apurado de la vida la mujer nos da, sorprendiéndonos á menudo con el carácter de originalidad y espíritu práctico de su ingenio, y fácil será convenir en que el sexo femenino en nada cede al nuestro en energía artística.

Finalmente, de la energía de la voluntad en la mujer, ¿podremos abrigar duda? Si la potencia muscular lleva al varón á las determinaciones imperativas, á verdaderos paroxismos de voluntad en que todo lo arrolla, en cambio, la resistencia sensitiva de la mujer permite á ésta aquel *imperativo íntimo*, que da por resultado, en medio de la subordinación externa más completa, la protesta interior de la volun-

tad más indómita. De ahí que, tras el huracán de la voluntad del varón, asome el albedrío de la mujer, más sereno y perseverante que nunca. La voluntad del hombre no soporta un minuto de detención; la de la mujer aguarda horas, días, meses, años, sin debilitarse. Así, pudiéramos decir que la voluntad del varón es fuerte sobre las demás, mientras que la de la mujer es fuerte sobre sí misma. Quizá los hábitos de servidumbre han contribuido poderosamente á imprimir á la voluntad de la mujer esta tendencia al heroísmo interno; bien pudiera ser; mas, por el momento, basta á mi actual propósito dejar sentado que, así en lo relativo á la voluntad, como en lo relativo á las demás potencias morales, el varón y la mujer ofrecen en el fondo de su diversidad la más completa equivalencia de energías.

VII

Al llegar al término de la tarea, he aquí mis conclusiones: 1.^a, el varón y la mujer son en su especie idénticos é iguales; 2.^a, su correlación sexual no es de subordinación, sino de perfecta equivalencia; y 3.^a, los rasgos que dejo apuntados son los únicos diferenciales que distinguen, así en lo físico como en lo moral, el carácter del sexo femenino. Varón y mujer son buenos ó malos, agradecidos ó ingratos, constantes ó caprichosos, sanos ó enfermizos, flacos ú obesos, fuertes ó débiles, altos ó bajos, sabios ó necios, etc., etc., por cuanto ambos á dos son *hombres*, no por cuanto pertenecen á uno ú otro sexo.

Y aun los atributos nacidos de las diferencias sexuales deben ser admitidos y aplicados con gran cautela y sin rebasar los límites de un general concepto; ya que, después de todo, en la práctica del mundo cada cosa es lo que es, como concreta y última diferencia en su especie, y, en nuestro caso, junto al hombre más afeminado de alma y cuerpo, hallamos á la mujer más varonil de cuerpo y alma.

En suma: para la mujer, la hora de la justicia y de la emancipación ha sonado; el testamento del Redentor lo llevará el liberalismo á feliz término en todas las esferas de la vida, y al compás que el varón ceje en sus brutales hábitos, sugeridos por la abundancia de fuerzas y falta de cultura, irá la mujer realizando su emancipación.

Cesen, pues, los puños de mantener doblada la espada toledana sujeta á prueba; que si por ser toledana no se quebró, por serlo recordará ella sola su pristina y naturalísima forma para vengar, con grandes servicios en lo porvenir, las iniquidades de que ha sido víctima en los pasados tiempos.

LA APRENSIÓN

La aprensión es una variedad del miedo; es el miedo de estar enfermo.

En el cerebro del aprensivo pasan dos distintos fenómenos: el miedo, que propone la enfermedad, y la imaginación, que se encarga de representarla.

Este doble fenómeno, miedo y alucinación, constituyen una verdadera enfermedad cerebral.

De ahí que el aprensivo y su médico no acierten á entenderse nunca; el aprensivo empeñado en probar que su enfermedad no es aprensión, y el médico persuadido de que aquella aprensión es una enfermedad.

El aprensivo es como el criticón, que no necesita tener motivos para criticar, sino que para ello le basta ser criticón.

De la misma suerte, pues, que cuanto se diga y se haga para acallar la crítica es inútil, excusado será cuanto se intente para tranquilizar á un aprensivo.

Desde este punto de vista, el aprensivo es un loco manso, de la especie «de los que aún no tiran piedras».

Dos puntos de vista opuestos ofrece el aprensivo: uno interior, que hace llorar; otro exterior, que hace reir.

Importa, pues, dictar dos reglas de conducta: una al mismo interesado, y otra á su espectador ó amigo.

Lector, si eres tú el aprensivo, ponte en guardia; ni creas en los males que tu magín te forja, ni en la salud que tus amigos dicen ven en tí. Estás enfermo, lo estás de veras; nada menos que de los sesos; sólo tu propia energía moral podrá sanarte.

Lector, si eres tú el amigo del aprensivo, no le contradigas, no le irrites; si tienes influjo en su suerte, llénale de obligaciones y quebraderos graves de cabeza: remedio supremo contra tamaña enfermedad; á ver si logras ponerle en el caso de aquel comerciante tan activo, que «nunca estaba enfermo *porque no tenía tiempo.*»

(La Salud.)

UN COMENTARIO Á PLATÓN

SOBRE MOTIVOS DE UNA PLUMA DE ORO (1)

SEÑORES:

Al recibir ayer á la Comisión delegada por todos ustedes para felicitarme en mis días y ofrecerme, con tal motivo, un delicado presente, pude reconocer una vez más hasta qué punto el cariño preocupa y ciega. Sólo así se comprende cómo unos jóvenes, á quienes cotidianamente he de dar, mal de mi grado, palpables muestras de mi imperfección, y en cuya enseñanza debo, con tanta frecuencia, suplir por la voluntad lo que de sabiduría me falta, incurren al juzgarme en tal exageración que me crean merecedor de la sublime joya puesta ayer en mis manos. Si á mi pequeñez dedican ustedes una *pluma de oro*, ¿de qué recurso habian ustedes de echar mano si, por dicha suya, hubieran por maestro á alguno de esos grandes genios de las letras, que han admirado á las generaciones con sus escritos? ¿Qué, pues, sino el afecto, ese multiplicador de los objetos simpáticos, ha podido mover á ustedes á llamarme á mí, de quien pocos tienen que aprender, á mí, á quien tantos pueden enseñar, á llamarme, digo, *modelo de escritores*, ya que esta es la calificación que en el lenguaje simbólico dirige la áurea pluma á quien la recibe?

Hondo, muy hondo debe de ser en mi alma el convencimiento del afecto que ustedes me profesan, cuando he podido, á despecho del claro conocimiento que de mí mismo tengo, aceptar de manos de la comisión, á impulsos de mi profundo agradecimiento, la valiosa prenda que de parte del Curso me ofrecía.

Empero al aceptar de los irresponsables delegados de ustedes aquel obsequio, reservéme como empeño de conciencia venir á apelar ante el Curso en pleno del tanto de pasión que su propio juicio envuelve, haciéndole patente, dado el carácter augusto de la escritura y dadas las imponderables dificultades que ofrece el llegar á ser excelente escritor, la necesidad en que me veo de restringir el sentido y condicionar la aceptación de aquella simbólica prenda, que el cariño de ustedes me adjudica.

(1) Discurso gratulatorio que, en 20 de Marzo de 1874, dirigió á sus alumnos del primer curso de Anatomía, de Barcelona.

Bien poco socorrido es, por cierto, el tema de mi protesta para que en ello campee la originalidad. De la esencia y la dignidad de origen de la escritura, tiempo ha que todo está dicho. Hace ya veintidós siglos, es decir, desde unos mil setecientos años antes de la invención de la Imprenta, Platón, el más sublime escritor de la Grecia, haciendo hablar á Sócrates, dejó calificada la escritura en estos concretos términos: φωνὴν ἀπειρον κατενόησεν, εἴτε τις θεός, εἴτε καὶ θεῖος ἄνθρωπος (1), lo cual á la letra dice: *Voz infinita ideada, ó por algún Dios, ó ya por divino hombre*, y vertida al equivalente valor del moderno lenguaje significa: «*Una voz perpetua é inmensa, de origen divino.*» No de otra suerte había de discurrir quien, merced á la escritura, pudo convertir en *perpetua é inmensa voz* los conceptos orales del *casi-divino* Sócrates.

Si, pues, Platón logró abarcar en tan concisa frase cuanto de fundamental cabe decir de la esencia y la dignidad de la escritura, renunciemos á la ridícula pretensión de ser originales para atenernos al muy humilde propósito de ser meros comentaristas del filósofo heleno: que en esta actitud resignada, la sombra de aquel gran genio honrará nuestra modestia.

El don de la palabra y el don del pensamiento están unidos en la naturaleza humana por tan esencial vínculo, que no acertamos á imaginar cómo pluguiera á Dios cedernos el segundo negándonos el primero. Discurrir sin facultad de hablar, sería un infierno en vida; hablar sin facultad de discurrir fuera la elevación de la locura á regla natural. Así, el pensamiento y el habla se aparecen en la práctica tan identificados, que, por una parte, una idea no la damos por clara y definida, sino en tanto que nuestra inteligencia dibuja netamente el vocablo que la debe expresar, mientras por otra parte un vocablo no es admitido como preciso, sino en tanto que expresa una idea claramente concebida. Por esta razón se ha podido decir, con general asentimiento, que una ciencia no es más que *un lenguaje perfecto*, y por punto general se pudiera muy bien afirmar, que del grado de perfección de una lengua cabe deducir el de la civilización del pueblo que la ejercita; y viceversa, que del grado de cultura de un país puede inferirse el de la perfección de su habla.

Mas la palabra, ese chasquido que acompaña la explosión del humano pensamiento, constituye un recurso que por sí solo no basta á levantar á grande altura la civilización de los pueblos. Atenida la voz, por su naturaleza mortal y corto alcance extensivo, á facilitar

(1) Philebus: *Platonis Opera*, t. II, pág. 18, B.—*Editio Serrani*.

el desarrollo de la vida de familia, ó á lo sumo, el de los rudimentarios medros de una tribu, no puede su influjo obtener aquella amplitud y aquella duración que el comercio de los pueblos y la vegetante sucesión de las generaciones reclaman, viniendo á ser como la expresión sintética de esa impotencia relativa del lenguaje oral, aquel dicho vulgar de que «las palabras se las lleva el viento», *scripta manent, verba volant*. Sí; las palabras se las lleva el viento en el sentido de que le es dado al hombre desdecirse de ellas; las palabras se las lleva el viento en el sentido de que la distancia las extingue; las palabras, en fin, se las lleva el viento, en el sentido figurado de que la muerte paraliza nuestra lengua y disipa los razonamientos que en vida proferimos.

De ahí que entre los pueblos animados de civil impulso, no se encuentre uno solo que no haya buscado hábil manera de *extender y perpetuar* su historia y su religión, sus leyes y sus victorias, su saber y sus virtudes; y ¿cómo? Por un medio, que verdaderamente instintivo debe de ser en el espíritu humano, cuando por todos los pueblos de la tierra con tan admirable uniformidad ha sido hallado. Ante esta cuestión, «puesto que las palabras el viento se las lleva, ¿cómo dar garantías á los presentes?, ¿cómo hacerse oír de los ausentes?, ¿cómo hablar más allá de la muerte á las generaciones venideras?» Todas las razas han hallado análoga solución por naturalísimo recurso. Imaginemos, señores, á un salvaje en el momento de inventar la escritura. De la selva desciende majestuosamente; su rostro centellea de sublime orgullo; acaba de dar muerte á un león que, extraviado, vagaba desde algún tiempo por los cercanos bosques, esparciendo con sus fieros estragos el terror en las tribus comarcanas. Tenido nuestro indio por cazador sin rival, diestro, perspicuo, bravo y asaz veloz en su carrera, para que los suyos le llamaran por sobrenombre *el Rayo*, vió coronada con esta heroica empresa su reputación de poderoso, y sintiendo despertar con ello en su alma la noble sed de aplauso y fama, y de servir, así á los ausentes como á los venideros, de noble estímulo y virtuoso ejemplo, preocupado y anhelante vaga en busca de algo... hasta que, como tocado de divina inspiración, toma un fragmento de cuarzo, ó una punta de flecha, y absorto, cual pudiera estarlo el primer escultor del mundo al ir á bosquejar su obra maestra, comienza á desenvolver su pensamiento en blanda roca ó en vetusta corteza. En un extremo graba una cosa que quiere representar un león atravesado por una flecha, y, aunque lo graba cual pudiera hacerlo un niño de seis años, con los mismos garrafales defectos, procura, cual el niño, hacer destacar las cosas características del objeto

representado: no le faltan, pues, á aquel bosquejo de león ni fuertes uñas, ni agudos colmillos, ni abundosa melena, ni larga y tendida cola: por león le reconocerán grandes y chicos, presentes y venideros; la figura ostenta el carácter de la cosa figurada; cumple, pues, con su fin. Al otro extremo, y por el propio modo, graba nuestro héroe un conjunto de líneas, que al través de su misma simplicidad, representan claramente un hombre; pues aunque por sola su posición erecta pudiera la figura ser confundida con la de un chimpancé ó un gorila, acredita ser de hombre, por tener en una mano el arco desarmado y laxo, con lo cual á un tiempo da á entender que la figura representa un hombre y que ese hombre ha sido el matador del león. De repente el indio se para, cavila, mira en torno suyo, como en busca de algún recurso que su imaginación necesita y no halla en sí... y á poco, reanudando, resplandeciente de alegría, su tarea, graba junto á la figura humana una línea en zig-zag, y luego retrocede ufano para contemplar su obra, cual pudiera hacerlo Miguel Angel para mejor gozarse en su colosal *Moisés*. El triunfo del salvaje es completo; la figura humana no expresaba más sino que el león había sido matado por *un hombre*; el zig-zag trazado de arriba abajo y terminado en punta de lanza era lo que faltaba y que por fin halló; era la representación de aquel fuego del cielo que tantas veces el novel artista había visto en medio de la tempestad rajar los nubarrones anunciando el trueno: la inscripción estaba clara y completa; la gloria y el buen ejemplo asegurados: ya la piedra por sí sola le decía al caminante: «*El indio Rayo libró á sus hermanos dando muerte al león.*»

Probemos ahora, señores, de acomodar á ese tosco ensayo de nuestro imaginado salvaje el concepto de Platón, y veremos cómo ambas cosas no discrepan ni un ápice. El indio Rayo, con la punta de su cuarzo puesta á las órdenes de un moral impulso, había producido una *voz perpetua é inmensa, de divino origen*; φωνήν ἀπειρον κατενόησεν, εἴτε τις θεός, εἴτε καί θεῖος ἄνθρωπος; voz perpetua, porque es capaz de resistir al tiempo; voz inmensa, porque es capaz de salvar el espacio; voz de divino origen, porque no es más que la petrificación de la palabra, la cual no es más que la vibración de la razón, la cual razón no es más que un don del cielo.

He aquí, señores, descifrado el enigma de la esencia y los orígenes de la escritura. La insuficiencia de la lengua, inspirando el deseo de obtener la consolidación de la palabra, á fin de dar con ella alcance á todo lugar y tiempo, determina bajo el gobierno de la voluntad un cambio de registros orgánicos que, trocando las corrientes de nuestra acción, y llevando á la mano la descarga que de ordina-

rio va á la lengua, transforma la expresión transitoria (lenguaje) en expresión universal é indeleble (escritura). Al fin y al cabo no es de necesidad que la realización de la facultad de hablar se produzca con la lengua: los sordo-mudos con las manos se expresan y, sin embargo, no diremos de ellos que están privados del don de hablar, sino pura y simplemente de la facultad de realizarlo por el procedimiento ordinario, y con esto vendremos á convenir en que si los mudos logran hablar mediante un simple cambio de registros orgánicos, no es el escribir más que *un cierto hablar, con carácter de fijeza*, que el hombre obtiene espontáneamente por recursos de su moral instinto. En este particular, la ciencia moderna ha llegado á estas simplicísimas conclusiones: *La invención de la escritura no se debe á ningún hombre en particular; el género humano en masa la ha establecido; y al realizar los hombres este progreso, no han hecho más que explotar una divina idea.*

Por todo extremo interesantes son los detalles históricos del desarrollo de la escritura, puesto que ellos nos enseñan cómo esta manera de expresión del pensamiento, que en los primitivos tiempos de cada pueblo ha concentrado en una sola mano los diversos ejercicios del *pintar* y el *esculturar conceptos*, ha sido el fecundo germen de donde han brotado la Literatura, la Poesía y las Bellas Artes plásticas, los cuales brotes, creciendo con el abono de las generaciones y el arraigo de los siglos, han producido las frondosas ramas de las Artes estéticas, liberal ornamento de toda civilización adulta: y si como debo atenerme, señores, al modestísimo tema de un Discurso gratulatorio, fuera ocasión esta de explayarme á mi sabor, seguro estoy de que lograra hacerles ver, tan claro como la luz del medio día, que las estatuas de los Vallmitjanas y los Novas... las pinturas de los Martí y los Soler... las suntuosas naves de la Seo y Santa María y los Diarios y los Libros que de mano en mano entre nosotros corren, son cosas todas hermanas carnales, aunque tan espléndida y variadamente nutridas por el progreso, que ellas mismas no sospechan su mutua consanguinidad.

Al través de la serie de evoluciones que tales medros suponen, ha ofrecido la escritura, por su parte, desde que se divorció de las Bellas Artes plásticas, muy notables modificaciones en sus signos, encaminadas al logro de sus materiales fines, á saber: claridad, concisión y precisión; de suerte que desde las primitivas imágenes de los antiguos chinos hasta los signos silábicos de la escritura *kata-kana* de los japoneses modernos, y desde los jeroglíficos de la vieja hierática egipcia hasta los signos literales de la escritura *copta*, una serie no interrumpida de progresos marca la más rigurosa filiación. Así,

mismo ha ido tan noble arte adecuando á esos fines, según la índole de los pueblos y su idiosincrasia, los instrumentos y el método. Por lo que á los instrumentos se refiere, la escritura fué primero ejecutada con piedras duras ó puntas metálicas; más tarde, ya con escoplos, ya con colores permanentes sólidos, ya por medio de pinceles empapados en colores diluidos, ya por el buril ó el estilo, ofreciéndonos hoy los pueblos, por este concepto, el pincel entre las razas mongólicas; la caña cortada, ó templada entre los demás pueblos asiáticos—de donde *Calamus scriptorius* según los latinos;—y entre los pueblos del resto del mundo la pluma de ave, la cual fué adoptada por los europeos en el siglo x, aunque personas doctas suponen (no lo puedo afirmar) que ya San Isidoro de Sevilla, que floreció en el siglo vii, la nombra en sus escritos; la cual pluma de ave, en fin, ha sido sustituida, desde el primer tercio del presente siglo, por la pluma metálica; la de los ciento y un modelos, entre los cuales es verdaderamente el rey, artísticamente hablando, el de la pluma de oro que al amor de ustedes debo, por ostentar bella y hábilmente enlazadas la riqueza, la fuerza y la permanencia, á que se presta la pluma metálica, con la elegancia de formas propia de la pluma de ave, su madre, á quien todos debemos histórica veneración, puesto que ella en la mano de Santo Tomás produjo la *Summa Theologie*; en la del Dante, la *Divina Commedia*; en la de Shakespeare, el *Hamlet* y el *Otelo*; en la de Vesalio, el libro *De humani corporis Fabrica*; en la de Cervantes, el *Ingenioso Hidalgo*, y en las de mil otros preclaros ingenios otros tantos perpetuos monumentos.

Y por lo que al método en la escritura se refiere, aparécense divididas las dos superiores razas humanas; pues mientras la mongólica traza con pincel las líneas de arriba á bajo y de derecha á izquierda, la semítica las escribe al través, valiéndose de cálamos, plumas, etc.; siendo de notar, además, que dentro del método transversal se ofrecen tres variantes, á saber: la tradicional asiática, que consiste en escribir de derecha á izquierda; la griega primitiva, la cual, alterando la marcha de derecha á izquierda, que aprendió de los asiáticos, con la de izquierda á derecha que ideó para no interrumpir la marcha de la mano, vino á constituir una escritura en idas-y-venidas, ó recurrente-continua; y, por fin, la griega de los buenos tiempos, la cual, abandonando los trazos de derecha á izquierda, sin duda por molestos, fijó definitivamente la escritura discontinua, ó simple, de izquierda á derecha, tal y como de ellos los demás europeos la aprendimos, en uso la conservamos y en herencia la transmitimos á los pueblos americanos hijos nuestros.

Mas en el fondo de todas estas variantes, la escritura ha sido y es la misma cosa, *una perpetua é inmensa voz de origen divino; φωνήν ἀπειρον κατενόησεν, εἴτε τις θεός, εἴτε καί θεῖος ἄνθρωπος*; voz cuya trascendencia queda asombrosamente aumentada desde la invención de la Imprenta, y garantida por los maravillosos medios de reproducción y segura permanencia que las ciencias físicas inventan de continuo en nuestros días.

Y pues, en el fondo de sus variantes y progresos, escribir es hablar por divino impulso para todo lugar y tiempo, y el servicio de un divino impulso reclama de nuestra conciencia el cumplimiento de un divino fin, ¿no se les alcanza á ustedes, sin necesidad de más extensos razonamientos, cuán difícil le ha de ser, no ya á un hombre común, sino al que de Naturaleza ha recibido grandes dotes, llegar á merecer el dictado de escritor-modelo? ¿No imaginan ustedes, cuánto ha de imponer á todo espíritu bien intencionado tomar la pluma, para hacer públicos y permanentes sus conceptos?

De mí sé decir que hasta la edad de treinta y ocho años no osé editar las primeras páginas sobre asunto formal y de algún empeño, y que, aun hoy por hoy, tiemblo cuando escribo; tiemblo, señores, al poner en parangón mi pequeñez con la inmensa altura de los deberes que el escribir impone.

Tiemblo, al pensar que uno de los deberes del escritor público es exponer la verdad. Para exponerla, señores, es menester poseerla; para poseerla, hallarla; para hallarla, inquirirla; y para inquirirla con éxito no basta la voluntad, sino que son esenciales instrumentos, además, el genio de investigación, el espíritu de causalidad, el don de comparación, la claridad de juicio y la virtud de imponer silencio á toda pasión aviesa.

Tiemblo, al considerar que es otro de los deberes del escritor público realizar y difundir el bien, ya que, como llevo dicho, la divinidad de origen de la escritura reclama la bondad en sus fines. Esta consideración espanta á todo corazón probo y generoso, puesto que para predicar el bien no basta con la bondad de nuestro intento (porque tal habrá que derrame calamidades creyendo de buena fe ser por su voz propagador de dichas), sino que es menester que ese intento sea esclarecido por la mayor ilustración, enderezado por el superior consejo, subordinado al juicio de más acreditada sabiduría y resignado á cambiar de dictamen siempre y cuando los intereses de nuestra vanidad y los del bien público estén en abierta pugna; todo lo cual requiere, amigos míos, unas dotes de perspicuidad y de virtud extraordinarias.

Tiemblo, en fin, al reconocer que otro deber del escritor público es el infundir atractivo á sus conceptos. La belleza, señores, es la natural vestidura y el adecuado ornamento de la *Verdad* y del *Bien*, ó en términos más fundamentales, la verdadera *Belleza* es el aspecto que á nuestra parte afectiva ofrecen la *Verdad* y la *Bondad*, pues siendo las tres cosas reflejo de un solo y eterno Principio, si como Verdad le conocemos y como Bondad le debemos buscar, como Belleza lo sentimos y apetecemos, y al par que la retina contiene variados elementos para hacernos percibir los colores cardinales que los reflejos del sol afectan, posee también nuestro real ser diversidad de facultades para responder á esos tres aspectos de la divina Esencia. En este concepto, y siendo la parte efectiva la que arrastra los corazones y persuade las voluntades, tan imperativo es en el escritor el deber de expresarse con *belleza* como el de decir *verdad* al servicio de un *buen* intento; porque lo cierto es que el escritor á quien le falten artísticas dotes no llevará legiones de soldados á la guerra, ni de sabios á la investigación, ni de marineros á ignotas tierras, ni de mártires al cielo; y, señores, la belleza en literatura, como en toda cosa, no se da por artificio ni por deliberado impulso; se da porque se posee, y se posee como don natural; ya dijo Cicerón: *poeta nascitur*, y aunque añadió *orator fit*, no creo que el gran orador romano estuviese tan feliz en lo segundo como en lo primero estuvo, ó cuando menos atreviérame á sostener, contra el dictamen del propio Cicerón, que también los Cicerones *nacen, no se hacen*. Así el orador como el poeta deben su efectivo poder al genio artístico, á esa fuerza innata que ciertas almas privilegiadas poseen de educar á otras almas, logrando transfundir en ellas, envuelto en el sabroso néctar de la belleza, la verdad, que aislada parece á muchos insípida, y la virtud, que á no pocos sabe por sí sola á hiel y vinagre. Pues bien; esa influencia, esa inspiración estética todos la buscan, muchos la afectan, algunos la poseen y pocos, poquisimos, aciertan á ejercitarla al servicio de un fin laudable.

Y como quiera que para mí un hombre no puede optar al título de escritor-modelo, si no posee en superior escala ese grandioso conjunto de cualidades, no puedo, repito, en modo alguno, reconocerme acreedor al precioso símbolo que ustedes se han servido dedicarme.

Mas ello es que si la razón y la justicia me impiden admitirle, obliganme la gratitud y el cariño á no rehusarla. ¿Qué solución puedo hallar, pues, en caso tan difícil?—Una, señores, naturalísima; bien como suele ofrecerla todo conflicto originado por la lucha de benignas intenciones. Mi situación es análoga á la de un sargento á quien

los soldados de la compañía, agradecidos á su paternal régimen y entusiasmados por el militar ardor de que les tuviera dadas claras pruebas, resolviesen, en un arranque de cordial entusiasmo, regalarle un fajín de general. ¿Qué hacer en ese caso? ¿Rehusarle? No; que eso sería ruda ingratitud. ¿Ceñírsele? Tampoco; que eso fuera punible desacato hacia sus jefes. No le quedaría al sargento más recurso que conservarlo para mayor estímulo, adoptarlo como ideal de sus ensueños, jurando, ó merecerlo ó sucumbir en la demanda.

Tal es la situación mía; tal es el partido á que debo atenerme; tal es el criterio generador de la protesta que ante todo el Curso vengo á hacer y que reduciré á estos breves términos.—La áurea pluma no la rehuso, porque no debo; no la prohijo, porque no puedo; acéptola tan sólo como blanco de mis miras, como estímulo de mi aplicación, como incesante compromiso de honor que mantenga ardiente mi sangre, ágil mi cerebro, joven y lozano mi espíritu á despecho del tiempo y la fatiga. La posesión de hecho de tan valiosa joya sostendrá en mi ánimo el noble anhelo de poseerla un día con derecho, y la ilusión de que mis escritos lleguen quizás á merecer con el tiempo la calificación de *φωνὴν ἀπειρον κατενόησεν, εἴτε τις θεός, εἴτε καὶ θεῖος ἄνθρωπος*; y en cambio, señores, en justo desagravio de la cariñosa demasia que conmigo acaban ustedes de cometer y que á perpetua aplicación me obliga, es mi voluntad, que cuando alguien del catedrático Dr. Letamendi les hable, le contesten con resolución: «No; desde que aceptó la pluma de oro, por nosotros á él dedicada en 1874, Letamendi ya no se considera catedrático, ni aun tampoco doctor; Letamendi ha renunciado en su fuero interno á todos sus títulos académicos, para quedarse reducido al título más modesto, más útil, al más liberal; al título que de toda personal cultura y de todo social progreso es origen y fuente; al título más honorífico á que un hombre de letras puede aspirar... al título de *Estudiante perpetuo*.»

BREVES REFLEXIONES SOBRE LA LIBERTAD FILOSÓFICA

La libertad filosófica, como libertad moral de opinión, existe de hecho absoluta, ilegislable; sólo cabe cuestión acerca de si debe ó no permitirse el ejercicio exterior de esa libertad.

En otros términos; se trata de saber si le es lícita al hombre de ciencia la manifestación sincera de sus opiniones, ó bien si se le reduce á la dura alternativa de optar por la hipocresía ó el silencio.

I

La libertad filosófica no es ni puede ser objeto de cuestión

Una cosa es la opinión que se discute, otra la libertad con que se discute, y como la libertad es una pura forma que no prejuzga de la verdad de las doctrinas, sino que se concreta á igualar las condiciones de los contendientes, resulta que la libertad filosófica no puede ser objeto de cuestión. *Si pudiese serlo, tendría que reclamar á su vez libertad para su propio debate*, por donde caemos en un círculo vicioso. En definitiva, la libertad filosófica no es más que el precedente necesario y la condición moral de todas las disputas intelectuales, á la manera que en el orden material, la igualdad de armas, luz y terreno, es la condición esencial de todo duelo, para que no degeneren en criminal atropello.

II

La libertad filosófica es ventajosa á la verdad

La verdad es al orden moral lo que la musculatura al orden físico, es decir, *lo positivo de la potencia*, y está en la naturaleza humana el desear siempre, en toda suerte de luchas, alcanzar la victoria por *lo positivo* de las fuerzas propias, lastimándose hondamente nuestra dignidad por toda acción extraña, ó de tercero que, debilitando las fuerzas del enemigo, pueda debilitar á su vez los resplandores de nuestro triunfo. Tal es el impulso espontáneo de todo el que se siente fuerte, ó por el vigor de sus miembros, ó por la posesión de la verdad, según sea material ó intelectual la contienda. «¡No sujetarle! ¡Dejarle para mí!» Este es el grito de la naturaleza humana; este el sentimiento que armoniza en la idea de libertad, el impulso egoísta del orgullo que ansía aquilatar la victoria y la generosa consideración que nos lleva á conceder al contrario la libre acción que en buena ley le corresponde.

Ahora bien; desde el punto de vista de la libertad filosófica debemos considerar á todos los hombres de ciencia como persuadidos de que con su respectiva doctrina están en posesión de la verdad; y,

por lo tanto, seguros del triunfo, supuesta igual para todos la libertad; y como por cima de la presunción de verdad que cada hombre tenga en favor de su doctrina, existe para todos (porque es de sentido común) la verdad de que entre dos doctrinas contrarias sólo una puede tener razón, será la libertad (ó igualdad de condiciones) la única garantía, aceptable por *todos*, de que triunfe la que *real y positivamente* contenga la verdad. Y entonces el triunfo será claro como la luz del día, legítimo como la causa del bien.

He aquí, pues, cómo á la verdad le tiene cuenta la libertad filosófica.

III

La sujeción del error es ventajosa al error mismo

Si el que tuviere la convicción íntima de que en un punto dado de ciencia defiende el error me pidiese un consejo de amigo, le diría que intrigase para que le persiguieran. Cuando el error logra verse en lo que llamaré el *estado enfático*, cuando, mordiéndose los labios y meneando la cabeza, como quien dice: *¡Ah, si yo pudiera hablar!* llega á conquistar, por lo injusto de la mordaza, la simpatía pública que jamás le granjeara el justo uso de la libertad, entonces el error ha hecho, como suele decirse, su jugada. El vulgo, irritado (porque el vulgo tiene instintos generosos), murmura á su vez: *¡Ah, si le dejasen hablar!*; y poco á poco su fantasía va tomando vuelo, abultando lo que el error amordazado *no pudo decir*. El silencio se erige en razón, el vacío en substancia; y el error, que en libertad no hubiese conquistado una sola cabeza, encarcelado, se apodera de todos los corazones, y como de éstos nace la persuasión, que es la que acomete empresas arduas, cuenta el error con soldados, sin haberse expuesto al ridículo de quedarse sin discípulos.

Mírese serenamente esta cuestión por donde se quiera, lo mismo con la historia en la mano, que con la mano en el corazón; fijémosnos solamente en el hecho vulgarísimo de que no hay curandero afortunado mientras no se ha visto perseguido, y se reconocerá que, al paso que la libertad es provechosa á la verdad, la represión es un negocio para el error, de lo cual se deduce que la verdad halla en la libertad una doble ventaja.

IV

Sujetar á la verdad es tiempo perdido

Cuando es la verdad la amordazada y maniatada, entonces el error, convertido en tirano, cede á la verdad todas las ventajas: la de la fuerza sobre las inteligencias, que ya le es connatural, y la de la simpatía de los corazones, que el error con su conducta le granjea. Á la verdad maniatada le pasa lo que al célebre atleta dislocado Petrópolis, quien, al soltarse de las fuertes ligaduras con que se deja pacientemente sujetar, no sólo alcanza el triunfo de su fuerza y su agilidad, sino que cubre con el ridículo á los mozos de cordel que agotaron sus bríos amarrándole de pies á cabeza.

El triunfo de la verdad perseguida es *un triunfo artístico completo*; inteligencia, sentimientos y voluntad, todo concurre á victorearla; entonces es cuando toda verdad presenta á un tiempo apóstoles y mártires.

V

Dictamen de la historia

Sobre el asunto de este artículo, el dictamen de la historia es terminante. Respecto á la verdad, ella se ha propagado y extendido por el orbe á todo evento, ora á fuerza de mártires, ora gracias á la tolerancia y deferencia que para con ella ha tenido el error. Apenas quedan salvajes; apenas quedan esclavos; apenas quedan tiranos, y con esto está dicho todo: el error ya sólo existe de hecho; por todas partes la verdad se va erigiendo en derecho.

Por lo que dice á las aberraciones intelectuales, la historia ofrece en elocuente contraste la evolución del error en siglos no muy remotos, y su evolución moderna. Sin tratar de concretar ejemplos, porque no lo consiente la índole de este escrito, sólo diré que ciertas escuelas filosóficas que en otros tiempos crecieron y tomaron cuerpo á favor de las persecuciones religiosas y políticas, y que formaron sectas y dieron que hacer á los verdugos y que temblar á los príncipes, en nuestros tiempos se han reproducido, libérrimamente se han predicado, el mundo por un instante las ha recibido con el entusiasmo que produce una brillante novedad, y... sin costar un ¡ay! han declinado por sí mismas, sin dejar más rastro que el del genio de sus

jefes, el recuerdo de su efímero esplendor, y la advertencia tácita de que con los nuevos errores que tras de aquéllos se levanten, sucederá lo mismo. Y es que el error es como el pez, que al aire libre se asfixia, y sólo bajo presión puede medrar y propagarse.

VI

Dictamen de la fisiología

El fisiólogo observador reconoce fácilmente que, aparte de ser todos los hombres aptos para recibir la verdad, y muy apetentes de ella, existe en sus opiniones un fondo de influencia debido á las especialidades de organización que la ciencia fisiológica llama *temperamentos* ó *idiosincrasias*, y no se necesita ser muy perspicaz para descubrir en el plan de formas de cada individuo el orden general de sus sentimientos, y por ende la preferente disposición á aceptar, propagar y defender tal ó cual sistema de ideas. Puede decirse, por punto general, que la filosofía está en el rostro; como está en las formas todo fondo para quien le sabe interpretar. Y es que todos tenemos propensión á juzgar cierto lo que nos es muy grato; y en lo que es grato para cada uno va envuelta una cuestión de sensibilidad particular, y esa manera particular de sentir está ligada á esas formas individuales que caracterizan á cada hombre, como verdadero modo de ser congénito y por lo común tan permanente, que ha dado lugar al adagio *Genio y figura hasta la sepultura*.

Así es que, mientras que todos los hombres son iguales en cuanto á la aptitud para entender la verdad, todos difieren entre sí en cuanto al grado de voluntad que necesitan desplegar para abrazarla, pues todos son distintos en cuanto al impulso con que la organización les arrastra hacia tal ó cual orden de ideas, contrario quizás á la verdad y al bien, en cuyo caso no les basta conocer la verdad, sino que necesitan hacer un gran esfuerzo moral para abandonar el error. Pero, aparte de esto, son innumerables los hombres, y hasta los hombres de ciencia, que, sin darse cuenta de ello, tienen por verdad inconcusa la doctrina á que les impelió desde la juventud su temple individual.

De ahí que haya en realidad ideas preferentes ó peculiares de ciertas regiones, ideas particulares de determinadas razas, ideas privativas de hombres de tal ó cual disposición orgánica; de ahí que en filosofía haya de todo para todos los gustos, y que en realidad no sea posible nada nuevo, ni sea tampoco asequible acabar con nada de lo que nos legó la antigüedad. La sociedad ha asistido y asistirá perpe-

tuamente á ese sube y baja de sistemas filosóficos que emanan de la organización más que de la razón serena y fría; y como quiera que entre tantas doctrinas sólo una puede ser la expresión de la verdad, y que, mientras la naturaleza humana no cambie, todos indistintamente subsistirán en conflicto, resulta que es menester que, así la sociedad como los poderes constituidos, piensen seriamente en arreglar con el error un verdadero *modus vivendi*, ya que con él es menester vivir, ya que no sólo es inútil sino perjudicial amordazarle, ya que, en fin, no es cosa de que se establezca un sistema de vejación perpetua que á nada bueno puede conducir. Sólo al poder sobrehumano le cuadra el ser intransigente, por lo mismo que está en su naturaleza el ser absoluto.

Por este momento hago abstracción de cuáles sean mis propias convicciones; sean ellas conformes con la verdad ó con el error, lo mismo da; sólo sé que, al defender la *libertad filosófica externa*, lo hago porque con ella, si estoy en lo cierto, aquilato los triunfos de la verdad; si estoy en lo falso, acelero la disipación de mis errores; y, finalmente, porque si algún medio eficaz la razón y la experiencia de común concierto sugieren para lograr disminuir de día en día los gérmenes de las aberraciones intelectuales, es, sin disputa, la libertad filosófica, por ser el recurso que cuesta á la sociedad menos víctimas, al error más desengaños, y que proporciona á la causa del bien más preclaras y duraderas victorias.

(Archivos de la Medicina Española.)

15 de Agosto de 1868.

LA EDUCACIÓN SOCIAL

I

Valor positivo de la elección de estado

Si cada ciudadano se dedicara á lo que se llama su natural aptitud, la civilización moderna centuplicaría en poco tiempo su desarrollo. En sociedad no hay hombres absolutamente necios, ni hombres absolutamente inertes, ni hombres absolutamente malvados; lo

que hay es que esa sociedad apenas tiene conciencia de su potencia, su naturaleza y su fin.

No hay nadie que no valga mucho para algo bueno. Un orden—que providencial debe de ser, puesto que no puede estar mejor pensado,—ha dispuesto, en la diversidad de caracteres, una planta natural de los diversos servicios que reclama la organización social; y bien así como en un ser viviente superior las células del hígado y las del riñón, de la retina y de los pulmones, de la piel y de las arterias, constituyen la unidad y elevación de la vida por la variedad de textura y de funciones, de la misma suerte el observador y el poeta, el calculista y el faquín, el valiente y el discreto constituyen, por sus diversos caracteres y resultados, los elementos indispensables de la unidad y altura de civilización que es la vida social. Sólo por esta variedad mayor ó menor de aptitudes, se concibe que la sociedad tenga algún fin esencial, peculiar, privativo suyo que llenar, pues si al par de la muchedumbre de gentes no hubiese de aumentar la diversidad de servicios; si dos seres humanos pudiesen satisfacerse mutuamente las mismas necesidades y en el mismo grado de perfección que mutuamente se satisfacen doscientos, lo más cómodo fuera la vida silvestre, la sociedad no sería más que una multitud.

II

Dislocación actual de aptitudes

Pero la sociedad es algo mas que esto; la sociedad es un taller de perfeccionamiento racional, en el que los mismos hombres son á la vez artífices é instrumentos, y si el producto sale mal, no es porque el instrumental no sea completo y adecuado, sino porque la torpeza humana no acierta aún á manejarle. Aplicar á la medicina á un hombre sin espíritu de observación; dedicar al sacerdocio á un hombre sin espíritu de caridad; destinar á cerrajero á un joven endeble y falto de espíritu mecánico, ó á agente de policía á un ente distraído y nada perspicaz, es exactamente lo mismo que pretender aserrar con el martillo, acepillar con las tenazas, clavar clavos con la sierra y arrancarlos con el formón, ó, si se quiere tomar ejemplo del reino animal, que considerado en conjunto desempeña, por la diversidad de instintos, un gran plan de economía orgánica, diremos que pasa en nuestra sociedad lo mismo que en el reino animal pasara si nos empeñásemos en que el carnero había de cazar liebres, el gato sernos leal y el buey servirnos para montar á la alta escuela.

Ahora bien: esto, tan ridículo como lamentable, es lo que ofrece todavía al observador la sociedad; decimos *todavía*, aunque algo se ha avanzado en verdad respecto del estado de la de los tiempos medios, como éstos á su vez realizaron un gran progreso sobre las edades antiguas, en que un 90 por 100 de los ciudadanos gemía en la esclavitud. Y ese estado actual es más lamentable aún si se tiene en cuenta que, no sólo son muchos los hombres á todas luces dislocados de profesión, sino que entre los que al parecer siguen su vocación, los más tienen esta vocación falseada; queremos decir que unos por investigación sostenida desde la infancia, otros por una falsa apreciación que sus padres y hasta ellos mismos han hecho de sus disposiciones, confundiendo la *afición* con las muestras de *real aptitud*; otros porque el padre cree lo natural que su hijo le herede en su carrera ú oficio; otros porque el propio padre, descontento de su arte, todo lo consiente menos que su hijo sea lo que él; otros por diversas conveniencias, otros por no dejar á sus padres, otros por mil y mil motivos, fútiles todos, hasta los más serios cuando se trata del porvenir personal y la misión social, resulta que hay muy pocos hombres que abracen en la sociedad su profesión genuina, de la misma suerte y por iguales motivos que entre los muchos que casan son tan contados los que aciertan á dar con *su mujer*.

III

Perjuicios sociales y políticos de una tal dislocación

Esta dislocación es profundamente nociva, porque el general desacomodamiento de ruedas produce una gran pérdida de actividad y de bienestar social. En orden moral, el trabajo, que sería muy á menudo un gran placer, que fomentaría la suavidad de costumbres, es un martirio que las mantiene ásperas y maleadas; en el orden social, el progreso, que á menudo se ve obstruido, y hoy no poco, por charlatanes ineptos, marcharía desembarazado, porque cada cual tendría amor á su oficio; en el orden económico, las fuerzas que hoy se pierden por el *roce* de las aptitudes naturales con las profesiones trocadas, se convertirían todas en fuerzas productoras y consumidoras de riqueza física y moral positiva, bien así como la máquina, á favor de la grasa que suaviza los ajustes, da un notable aumento de resultado útil; y, finalmente, en el orden político, nos ahorrariamos de tutela de estado por valor *igual* al que aumentaríamos de personalidad social.

Tales y tan enormes serían los resultados que se obtendrán el día en que el Letrado sea Letrado, y el mercader mercader, sobre los que obtenemos ahora, en que tantos mercaderes son Letrados y tantos Letrados mercaderes.

Es evidente que cada cual, dentro de su mejor aptitud, produce más con menor esfuerzo, conforme á la ley eterna de toda *economía* posible.

IV

Reducción del mal al servicio del bien, por la dirección de la aptitud natural.

Reductibilidad de la estadística criminal por este medio

Quando el hombre funciona en la corriente de su organización, es natural, indefectible, que dé de sí una plenitud de producto social ó externo, inmensamente mayor que cuando funciona en oposición con su organismo. Esta es ley universal, invariable. Pero, ¿se deducirá de bueno ó malo, indistintamente? ¡Oh! no; y esto envuelve á nuestro entender una de las más graves cuestiones sociales. Es cierto que de todo lo expuesto resulta que el progreso vive de la *variedad de aptitudes humanas*, pues de ella dimana la *variedad de servicios*, y de ésta la *civilización*, fin social; pero es menester notar, por otra parte, que si los hombres asociados progresan y se civilizan, no es por el simple hecho material de la diversidad de sus aptitudes individuales (pues esta misma variedad ofrecen los animales, y se asocian, y sin embargo, no progresan ni se civilizan), sino porque esta diversidad de aptitudes adquiere vida y medro en el lazo común de la *unidad de criterio moral*; de suerte que en sociedad *cada cual tiene aptitud diferente para cumplir el fin moral en que todos convienen*, siendo la diversidad de aptitudes á la noción unánime del deber, lo que la *diversidad* de operarios es á la *unidad* arquitectónica del edificio, á cuya construcción concurren. Mirados los hombres desde estas alturas del dualismo filosófico, unificados en la sumisión á la ley moral por el sentido común, ofrecen un conjunto altamente consolador para el porvenir; pues se ve que si el pasado y el presente arrojan mucha maldad, no es por cierto el número *real* de los malvados tan grande como parece, sino que su mayor parte lo produce una insensata dirección social. De las disposiciones orgánicas del cuerpo viene el vicio, como de la noción del deber en el espíritu procede la virtud, y

puesto que las malas pasiones constituyen más que *potencias, resistencias*, y la verdadera potencia está en la *noción del deber*, toda la habilidad de la educación ha de consistir en *convertir esta resistencia del mal en fuerza útil para el bien*. El sentimiento del honor no se borra ni en los lupanares más abyectos; el de la buena fe no perece ni en las cuevas de los ladrones; el de la caridad no se borra ni de la mente de los asesinos de profesión, y donde la *fuerza moral* no perece, de fijo que los males se deben á un vicio en su dirección.

Y esto es tan cierto y positivo, que la observación lo prueba en grande escala. ¿Sabéis de dónde salen los más ejemplares mozos de escuadra? De las regiones que producen los más facinerosos malhechores. ¿Sabéis de dónde salen nuestros mejores cirujanos-sangradores? De los mismos pueblos donde no hay merienda sin cuchillada. ¿Sabéis de dónde salen las mujeres más fuertes de fidelidad? De los países en que más abundan las mujeres disolutas.

La exactitud de esta observación no nos la ha de disputar nadie que, antes de entrar en cuestiones, se haya tomado la molestia de observar atentamente los hechos. Y en verdad, el malhechor y mozo de escuadra, verbigracia, tienen identidad fisiológica en la propensión á los azares y aventuras, á los encuentros y peligros, á la persecución y al exterminio *de algo*; pero con una *diferencia moral*, debida á la *dirección de la fuerza*, á la *educación*; y asimismo, en todos los casos que examinásemos y relacionásemos, hallaríamos siempre un mismo fondo de organización al servicio de muy opuestos fines, según fuese la dirección que se hubiese dado al sentimiento.

No es este el lugar más á propósito para desenvolver por completo este importantísimo punto de *psicología práctica*, ó en sus relaciones con el organismo, y acerca del cual no hay, por desgracia, nada escrito, sin duda por la malhadada manía secular de mantenerse divorciados psicólogos y fisiólogos. Bastará, no obstante, con lo dicho para hacer ver hasta qué punto el examen y explotación de las aptitudes individuales, hecho con tino desde temprana edad, puede reducir de un modo asombroso la estadística criminal del mundo, el día en que la sociedad se proponga *utilizar* la fuerza del mal, procedente del cuerpo, en beneficio de la causa del bien, identificado con el espíritu, y principio y fin de toda *civilización positiva*.

V

Marcha histórica de las aptitudes

Quizás una oculta ley del progreso exige que ese día tarde aún. Ello es que, así como en la vida real nos fijamos en objetos sensibles muchos años antes de que se nos ocurra fijarnos en nuestra propia personalidad, y así como en la historia de la filosofía el desarrollo positivo de las ciencias físicas ha precedido con mucho al de la ciencia psicológica, es probable, á su vez, en la marcha social, que no se pensará en la *explotación moral* del ciudadano como elemento de riqueza material y moral, hasta tanto que la de los objetos materiales queden al parecer agotados. Entonces se caerá en la cuenta de que queda un objeto que explotar, el hombre mismo, y se procurará, en el seno de cada familia, acomodar las *profesiones* y los *oficios* á las *aptitudes*. Esto se hará á la fuerza, porque día vendrá en que será muy difícil que gane el pan quien no tenga en su carrera un valor muy positivo por razón de su real aptitud. Entonces será cuando la civilización se desplegará en toda su magnificencia, utilizando todas las *fuerzas latentes* de la sociedad. Hasta ahora, las regiones del genio han sido explotadas á la mano; no hemos cogido de ese rico arenal más que las pepitas que en la superficie brillan; y todo lo más que ha sucedido ha sido que un camarero se haya podido transformar en gran Ministro por la casualidad, por la *casualidad* de haber llamado algún dicho suyo la atención de un potentado, ó que el azar de haber oído un gran artista los gorgeos de un aprendiz de zapatero, haya dotado la escena con un gran cantor más; pero lo cierto es que, aparte esas casualidades, y alguno que otro esfuerzo sobrenatural del genio mismo, ó el favorable empuje de especialísimas circunstancias, el arenal está por remover, y muchos son los millares de genios que yacen ignorados en los fondos; además de que, no todo ha de consistir en el hallazgo y explotación de los grandes talentos, sino que, así como en la busca del oro monta más de Enero á Enero el valor del polvo que el de las grandes pepitas, así también es mucho mayor, y aún más seguro, el beneficio que la civilización ha de reportar de la acomodación general de las aptitudes comunes á las artes, profesiones y oficios, que el que puede traerle el hallazgo de los grandes genios; pues en lo general y común estará siempre la base del progreso en detalle, del hallazgo de los mismos genios de primer orden, de la educación, del bienestar social y privado, poderosos auxiliares de la moralidad pública.

VI

Aplicación á España

En España, en donde la observación fisiológica y la experiencia histórica están contestes en que no hay abundancia de *personalidades acentuadas*, es más necesario que en otros países que las familias se fijen mucho en esta adaptación de las carreras, artes y oficios á la aptitud natural y evidente de los hijos que las hayan de formar (1). La elección de profesión, arte ú oficio, tiene el valor de unas nupcias, porque es la vida, y en muchas de ellas, si se yerra, ni la esperanza queda de enviudar. Un hijo, colocado conforme á su aptitud, constituye *un ciudadano y un capital más*; al paso que mal avenido de natural con su oficio, nunca pasa de una calamidad doméstica y social. No existen, por desgracia, institutos ó fundaciones de asociación libre, destinadas al debido tanteo de los jóvenes de todas clases sociales, á fin de acertar debidamente, por las manifestaciones espontáneas de los jóvenes y la observación profunda de sus cualidades, en la elección de oficio ó estado social. Inmenso fuera el bien que estas asociaciones producirían, y muchas veces hemos meditado acerca de su mejor organización; empero, mientras que ésto no tiene efecto, y que los jefes de familia y encargados han de echar mano

(1) Es menester que justifiquemos el poco lisonjero juicio que emitimos sobre nuestro país.

El estudio de la pintura histórica y la observación de los pueblos actuales nos ha enseñado dos grandes verdades fisiológicas, correlativas, y son: primera, que al genio le acompañan siempre notables desequilibrios de organización física general, relativamente al tipo común de la raza de cuyo seno nace; y segunda, que los pueblos, entre cuyos moradores son frecuentes los tipos físicos señalados, singulares son los que presentan también en el orden moral mayor número de *personalidades acentuadas*, especialidades poderosas para tal ó cual ramo social, genios, en fin, en mayor número y á mayor diversidad de fines impulsados.

A la luz de estas dos verdades (que en realidad forman una sola) comparemos la Península Ibérica con la Península Itálica, ambas conquistadas; ambas divididas; ambas sojuzgadas y martirizadas por el obscurantismo; ambas meridionales; ambas sensuales, frívolas; ambas socialistas, por indolencia de la masa general de sus moradores, y sin embargo de estas analogías, la Italia, en medio de sus períodos de mayor abyección, ha dominado al mundo entero, no sólo por sus grandes genios, sino por la asombrosa *variedad* que entre ellos ha presentado, hasta tal extremo, que no hay ramo del humano saber, no género de *servicio* social, que no deba á la Italia sus más ilustres representantes; mientras

del simple buen sentido (que en materias de experiencia, y cuando anda falto de datos, tan fácilmente puede errar), nos permitiremos concluir este artículo apuntando unas breves instrucciones que sirvan como de guía en el desempeño de tan arduo y trascendental cometido.

VII

Reglas para evitar desaciertos al dirigir la elección de estado social

Regla primera.—No tomar nunca por definitivas las aptitudes que se revelan en la infancia, pues no siempre lo son; observarlas y dirigir las, si, por si lo fueren.

Regla segunda.—No aceptar nunca por buena la vocación que el adolescente ó el joven declara tener, aunque lo hiciere con insistencia y hasta la tuviere con pasión, siempre y cuando no conozca por sí y de un modo claro la verdadera naturaleza de la industria ó profesión. Tal hay que se apasiona por la carrera militar enamorado de los uniformes y de las paradas, y que á buen seguro renunciaría si presenciase una noche de bagaje ó un día de tareas administrativas de cuartel.

que la Ibérica, tan sólo en bellas artes, humanidades, armas y empresas marítimas, nos ofrece nombres de esos que se imponen al mundo y á la historia de la civilización.

Contéplense ahora los dos pueblos en sus tipos vivientes y se verá la relación entre lo físico y lo moral del genio; por cada cinco italianos que observemos, seguro que por lo menos hallaremos uno que nos llame vivamente la atención por su aspecto físico, considerado como expresión moral; al paso que por cada cien españoles que se nos presenten á la vista apenas si hallaremos tres que absorban nuestra mirada por su rasgo físico singular.

Así es como, por desgracia, ocupaba más el mundo filosófico, artístico, literario, histórico, industrial, económico, social, religioso y político, la Italia esclava *polonizada* por el Austria, que la Ibérica libre y sojuzgadora á su vez de otras razas en ambos Océanos. Nuestros tipos de Cervantes y Carlos I, de Lope y de Quevedo, etc., pueden servir de ejemplo de lo que entendemos por organización física singular, como rasgo de personalidad acentuada.

Así, pues, ya que no nos es dado en el estado actual de la ciencia crear por la educación tipos humanos, singulares y excelentes, y que nuestro país es escaso en su producción espontánea, por razones etnográficas difíciles de precisar, sepamos explotar, al menos en cada hombre, la aptitud diferencial espontánea que en mayor ó menor grado siempre la naturaleza le concede.